

LITERATURA POSNACIONAL

SANTIAGO LÓPEZ NAVIA
IE Universidad (Segovia)

El libro que estudiamos¹, versión de la tesis doctoral de Bernat Castany Prado en la Universidad de Georgetown, es una aportación de enorme valor al estudio de la literatura de nuestro tiempo, y ello no sólo por cuanto hay en él de aplicación rigurosa de criterios sólidamente fundamentados a partir de un análisis honesto, profundo y comprometido, sino también por la pertinencia y utilidad de su inteligente conexión con los diferentes hechos que permiten entender la cultura en su necesaria transversalidad y coherencia temática, estructural y formal.

La globalización es un fenómeno tan complejo y heterogéneo como interesante, más antiguo de lo que pueda pensarse, consistente en “un conjunto de procesos sociales que crean, multiplican e intensifican los intercambios e interdependencias a nivel mundial” (p. 24) cuya percepción preferentemente negativa invita a reconsiderar el proceso, una de cuyas consecuencias es una crisis cultural e identitaria acentuada por el modelo socioeconómico predominante. Los procesos globalizadores se relacionan con la posmodernidad, que ha alcanzado dos etapas históricas. La primera, más humanista y madura, se desarrolla durante la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX; la segunda, teñida de nihilismo y muy influida por la sociedad de masas y de la información, comprende desde los años sesenta del siglo pasado hasta el momento. Una y otra coinciden en el rechazo del esencialismo y la indiscutibilidad de la razón físico-matemática y en la reivindicación de la diversidad.

La nuestra, pues, es una época de crisis –nihilista– que afecta sobre todo a la realidad del estado-nación. Como consecuencia de esta crisis, en la literatura actual el componente posnacional ha adquirido relevancia, sin que eso implique la necesaria desaparición del componente nacional, que se encuentra en un proceso de redefini-

¹ Bernat Castany Prado, *Literatura posnacional*, Murcia, Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones, 2007, 342 páginas.

ción en términos de *Aufhebung* (“superar conservando”). El posnacionalismo, cuya naturaleza relativamente reciente no se presta de modo fácil a una exposición sistemática, pone en solfa la obsolescencia de la exclusiva organización político-económica del mundo en estados nacionales y reclama que la moral, la estética y la cultura deben trascender las fronteras nacionales hacia una dimensión mundial.

No es extraño que la creación literaria se haya visto particularmente condicionada por los límites impuestos por las fronteras nacionales, toda vez que su principal materia es la lengua, diferenciada tanto por su singularidad lingüística como por el hecho de que, según se cree, sustenta una cosmovisión particular que llega a considerarse exclusiva de una determinada nación. Con todo, podría entenderse que la poesía –excepción hecha de la de corte patriótico– parece ser más universal que la novela. De corte universal, desde luego, es la idea posnacionalista de la “República de las Letras”, a la que pertenecen numerosos escritores y lectores de todos los países definiendo una fuerza capaz de influir sensible y críticamente en la opinión pública mediante la palabra, inspirada por la razón y el humanismo.

Por otra parte, la pretensión de universalidad que anima a los autores de la literatura actual guarda una obvia relación con la globalización del mercado literario entendido no sólo como motor de difusión de las obras literarias, sino también como consecuencia de una comunión de estilo, temas y símbolos que pretenden trascender la historia íntima de las naciones para contar la del mundo. En algunos casos, esta tensión posnacionalista, o si se prefiere cosmopolita, viene animada por la acción de autores que, bien por ser inmigrantes o bien por compartir dos culturas o provenir de lugares marcados por un conflicto cultural, religioso o étnico, pretenden atemperar las diversas formas de tensión identitaria. De hecho, en las últimas décadas han aumentado los desplazamientos, migraciones e intercambios que han facilitado el mestizaje y han propiciado la creación de lo que Castany denomina escritores “identitariamente problemáticos” (Smith, Naipaul, Sebald, Rushdie, Malouf, Oz o Juan Goytisolo, por poner algunos ejemplos claros).

Dado que en este proceso se tiende a un universo mundial y no nacional de discurso, muchos autores escriben sus obras pensando en un lector implícito de dimensión igualmente mundial, de modo que su forma de hacer literatura está caracterizada por una síntesis de ingredientes diversos que desea representar a cualquiera de sus lectores más allá de su procedencia. Otras consecuencias del proceso son la paulatina pérdida de vigor de los cánones nacionales vigentes, la creación de personajes híbridos que cuestionan las convenciones dimanadas del nacionalismo, el empeño de los autores adscritos por recuperar la primacía individual sobre la colectiva y una “desoccidentalización” que invita a examinar conceptos como la Ilustración y la democracia a la luz de criterios propios de otros momentos y lugares del mundo.

La literatura posnacional ataca las metáforas básicas del nacionalismo, consistentes en la identificación de la nación como un árbol, una familia o una persona, actitud que guarda una clara relación con lo que Castany denomina “escepticismo identitario”, consistente en “negarse a definir la propia identidad nacional, racial, sexual o cultural, para aceptar con naturalidad la ambigüedad y pluralidad del mundo, evitando, de este modo, caer en un dogmatismo que trate de simplificarlo y empobrecerlo con sus estrechas categorías” (p. 211). Este rechazo a definirse es, según nuestro autor, una forma de “epoché” o “suspensión de juicio”, que puede alternar con el “malditismo literario”, a veces manifestado mediante la distancia o la ironía en relación con toda forma de adscripción a una colectividad social o nacional que no sea, en todo caso, la República de las Letras. No es casual, así, que el personaje más común en la literatura posnacional sea el desubicado o desarraigado.

La literatura posnacional, por otra parte, recupera cierto sentimiento trágico de la vida, actitud que también se traduce en la presencia de personajes culturalmente confusos –en el sentido de su posible adscripción a culturas diferentes– y de tono vitalmente trágico y que se relaciona con la intención de recuperar en cierto modo el espíritu humanista y concebir el cosmopolitismo con una seriedad que supere una percepción ideal de corte filantrópico. Se va definiendo, en sintonía con este sentir, un tipo de estilo que Castany llama “mundialismo literario”, caracterizado por enumeraciones que trascienden el ámbito nacional, el uso de palabras de campos léxicos muy conocidos y difundidos en el plano mundial, la evocación de la diversidad y mezcla de idiomas debidas a los movimientos migratorios y a la influencia de los medios de comunicación y el despliegue de recursos formales en sintonía con el ya mencionado escepticismo. Por lo que respecta a la narrativa, Castany da cuenta de las “perspectivas vértigo”, consistentes en violentos cambios de enfoque espacio-temporal, referencias a la simultaneidad de ciertos fenómenos mundiales y ciertos espacios internacionales de dimensión mundial, todo lo cual hace comprensible la sintonía que la literatura posnacional mantiene con la literatura de viajes, la picaresca o la literatura pacifista.

Además de lo que se deriva de los legítimos intereses que condicionan el campo de investigación del autor, la elección de la literatura latinoamericana –más bien hispanoamericana, preferiríamos– como ejemplo se justifica por su mayor deuda –bien por continuidad, bien por ruptura– con la europea, por su doble carácter en el sentido de que en ella caben tanto los sentimientos nacionalistas como la inclinación posnacional, por su larga historia de mestizaje de razas y culturas, por sus peculiaridades identitarias de impronta universalista, entre las cuales brilla con luz propia el peso del exilio, y por la gran repercusión internacional que ha tenido a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. De acuerdo con estas razones, Castany estudia seis

manifestaciones del posnacionalismo: el cosmopolita o humanístico, el neoliberal, el demócrata, el nihilista, el intercultural y el mediático, representados por autores literarios de los que a continuación daremos cuenta siguiendo al autor.

Borges ejemplifica el posnacionalismo cosmopolita, iniciado en el periodo helénico y retomado en las últimas décadas por autores como Nussbaum, Rushdie o Maalouf. Progresivamente distanciado del nacionalismo argentino, Borges despliega estrategias de desencialización conceptual que animan un cosmopolitismo de actitud destructiva o crítica en el plano ético al tiempo que estimulan una sensibilidad caracterizada por el escepticismo, el pluralismo, la curiosidad, la imaginación y la autonomía y un estilo definido por enumeraciones caóticas, referencias a épocas y culturas diversas, concepciones singulares del mundo (como laberinto o como biblioteca), mezcla de idiomas, vacilaciones y atenuaciones y abundancia de citas. Su narrativa se caracteriza, entre otros rasgos, por la paradoja, el recurso de la *mise en abîme* y el uso de finales abiertos o inesperados, y su simbología apunta al mundo en su totalidad.

Vargas Llosa ilustra el posnacionalismo neoliberal, por su postura antinacionalista y por sus ideas sobre el librecambismo cultural, y coincide con Borges en el uso de la enumeración caótica de elementos o personas pertenecientes a lugares o culturas alejadas entre sí, la mezcla de idiomas, el perspectivismo y el cosmopolitismo. El escepticismo del autor peruano parece particularmente claro en su segunda etapa creativa, en la que sus anteriores ideas realistas se tambalean, cuyas obras pretenden provocar en el lector la aceptación de un mundo ambiguo y la desconfianza que debemos mostrar ante nuestras convicciones más firmes. Según Vargas Llosa, el individuo tiene derecho a cincelar su vida y su identidad al margen del control del estado o de la comunidad.

La reacción que representa el posnacionalismo demócrata contra las tentaciones populistas o totalitarias a las que acaba cediendo el nacionalismo se basa en el rechazo de la preminencia de los intereses colectivos sobre los individuales y en la búsqueda de una protección democrática que ampare la crítica al poder oficial. De acuerdo con esta orientación, el cubano Reinaldo Arenas defiende los derechos de los individuos frente a los de los pueblos, y su condición de exiliado le lleva a replantearse sus criterios a la luz de sus nuevas experiencias, haciendo que su posnacionalismo se mueva retrospectivamente y además evolucione hacia un cosmopolitismo total.

El posnacionalismo nihilista comprende el nihilismo pasivo, nostálgico o auto-destructivo, especialmente presente en aquellos países en los que, como ha ocurrido en Colombia, la unidad nacional ha sido invocada para justificar la tortura sobre la población, azotada además por la guerra civil, la crisis político-económica y la inje-

rencia extranjera. El colombiano Fernando Vallejo representa esta tendencia, si bien entiende que su país simboliza y anticipa lo que muy bien puede ocurrir en todo el mundo. Su actitud cínica, consecuencia de la desesperación, se combina con el reconocimiento de la superioridad moral y existencial de los animales con respecto a los hombres y se expresa de forma satírica.

El posnacionalismo intercultural describe y propicia los procesos de síntesis cultural necesarios para superar las diferencias culturales, religiosas o nacionales, y sus tres actitudes básicas son la asimilación, la reacción y el mestizaje. La asimilación, ejemplificada por la dominicana Julia Álvarez, se apoya en la idea de que toda cultura nacional posee un núcleo que debe ser asimilado sin condiciones por los inmigrantes. La reacción suele encarnarse en un inmigrante o participante de dos culturas que se sustrae a la presión que supone elegir la identidad del país que lo acoge refugiándose en una respuesta apátrida ajena a todo nacionalismo. Es el caso de la uruguaya Cristina Peri Rossi. Por último, el argentino Juan José Saer opta por construir identidades inestables incompatibles con definiciones tanto colectivas como individuales como consecuencia de su provisionalidad y su naturaleza mixta, dialéctica y contradictoria.

El argentino Manuel Puig, por fin, ilustra el posnacionalismo mediático, que menciona constantemente la cultura de masas y además emplea una buena parte de sus recursos técnicos, influyendo notablemente en la creación de un imaginario colectivo que puede sustentar una cultura de dimensión mundial. En la obra narrativa de Puig son constantes las referencias a canciones populares y personajes televisivos, y en su construcción se hace clara la aplicación del universo temático y las técnicas del cine de Hollywood.

Animamos al autor a perseverar en su ilusión de desarrollar a partir de este excelente trabajo las investigaciones que apunta someramente en su conclusión, en la que, por cierto, podría haberse extendido más generosamente sin el menor temor: “desoccidentalizar la Ilustración” y “escribir una historia cosmopolita del cosmopolitismo”, tal como suena. Desde ahora quedamos, con el mayor interés, a la espera de sus futuras aportaciones.

